CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

ENCÍCLICA SOBRE EL CORAZÓN DE JESÚS (DILEXIT NOS 1ª PARTE)

Vamos a hacer la presentación de la Encíclica *Dilexit Nos*, ese regalo que el Papa Francisco ha dado a la Iglesia Católica. Y como su temática es extensa, la vamos a hacer en dos partes; tiene seis capítulos y en esta primera parte me voy a centrar en los tres primeros.

Comencemos por el nombre de la encíclica como es lógico, porque *Dilexit nos* significa "nos amó". Y podríamos decir que el título es como la esencia de la esencia, es como un resumen del querigma. El querigma es una síntesis del anuncio del Evangelio y podíamos decir que el título de esta encíclica, *Dilexit nos*, "nos amó", es como el resumen del querigma; es decir, en sólo dos palabras qué es eso que el Señor ha venido anunciarnos: que somos amados por Dios. Es el anuncio central, el corazón del corazón del querigma. Hay distintos versículos donde podemos encontrar esa expresión *Dilexit nos*, en concreto por ejemplo Romanos 8:37: "Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado", *dilexit nos*. Encontramos otros textos por ejemplo Primera Juan 4:10: "En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó y nos ha enviado a su Hijo", una vez más *dilexit nos*. Por tanto, el título es revelador.

También el subtítulo, porque el subtítulo es sobre el amor humano y divino del corazón de Jesucristo. En efecto, el corazón de Jesús es, por una parte, la escuela humana del amor divino y, por otra parte, la escuela divina del amor humano. La escuela humana del amor divino, porque Dios se hizo hombre para que, como hombre, nos transmitiera la noticia de que Dios es amor. Escuela humana del amor divino. Pero como nosotros no sabemos amar, estamos heridos por el pecado, necesitamos que Dios nos enseñe a amar: escuela divina del amor humano.

Me voy a centrar en el primer capítulo. En primer lugar, obviamente tiene el título de "La importancia del corazón". Por cierto, una cuestión que puede ser anecdótica, pero que es simpática: al inicio del primer capítulo, en la primera nota de pie de página, el Papa hace una revelación. Dice: "Buena parte de las reflexiones de este primer capítulo se han dejado inspirar por escritos inéditos del sacerdote Diego Farés, que el Señor lo tenga en su santa gloria". Hemos sabido que Diego Javier Farés falleció hace poco más de 2 años, con 66 años de edad, que era de Mendoza, Argentina, y que ingresó al noviciado de los jesuitas siendo Jorge Mario Bergoglio el provincial, y que incluso el Papa fue su padrino de ordenación sacerdotal y su director espiritual. Tendría con él una relación muy especial, motivo por el que algunos apuntes de este sacerdote habrían caído en manos del Papa. pues los estaba custodiando. El Papa Francisco y se sirvió de ellos para este primer capítulo sobre la importancia del corazón. Es una

anécdota simpática; supongo que este sacerdote jesuita se habrá llevado un pequeño susto desde el cielo al saber que sus escritos servían para una encíclica.

Yo me voy a tomar pues unas mis libertades, a la hora de explicar este primer capítulo, "La importancia del corazón". Sí que asumo, obviamente, la tesis fundamental, pero el propio Papa Francisco dice que el significado del término corazón es impreciso y no está en el elenco de las ideas claras y distintas. Por lo tanto, voy a hacer yo mi pequeño intento también histórico, explicativo. Lo que está claro es que este primer capítulo responde a la siguiente cuestión, dice: "Algunos se preguntan si el simbolismo del corazón sigue teniendo un significado válido hoy en día". Obviamente la tesis de la encíclica es que sí, sigue teniendo un significado hablar del corazón de Jesús y que el símbolo del corazón sigue teniendo una potencia, una fuerza grande transmisora, ¿Qué es lo que significa el corazón?, ¿qué simbolismo tiene en nuestro contexto?

Posiblemente, popularmente, el simbolismo del corazón está muy influenciado por el romanticismo. Posiblemente lo que simboliza en primer lugar es el enamoramiento apasionado. El romanticismo tuvo una gran influencia. Sabemos que el romanticismo se sirvió de Cupido, que está tomado de la mitología romana, es el dios del deseo amoroso. Se le suele representar a Cupido como un niño desnudo y alado, con los ojos vendados, armado con un arco, flechas y carcaj. Es de la mitología romana, pero igual es el equivalente al Eros de la mitología griega. ¿Qué es lo que significa Cupido? La etimología de Cupido, *cupiditas*, significa deseo vehemente, ansia, pasión. Y todos sabemos que cuando se habla de Cupido, y ese angelito o ese niño alado que lanza con los ojos tapados, que lanza una flecha, parece como si el enamoramiento fuese algo ciego, que al que le pegue la flecha sencillamente se siente profundamente enamorado sin ningún tipo de racionalidad. Es un amor irracional que es apasionado.

Eso posiblemente ha configurado mucho qué es lo que se entiende por corazón; en las fiestas de los enamorados se ponen muchos corazones. Pero no olvidemos que el romanticismo llegó un siglo después de las revelaciones del Señor a Santa Margarita María de Alacoque, con lo cual poco tenía que ver el romanticismo con esa imagen del corazón cuando el Señor, hace 350 años, tuvo esas revelaciones a Santa Margarita. Con lo cual, no pensemos que todas las imágenes del corazón traspasado por una flecha están inspiradas en el paradigma romántico, en absoluto. Por ejemplo, cuando vemos la transverberación de Santa Teresa de Jesús en el siglo XVI, en la que un ángel le atraviesa con su flecha el corazón, cualquier parecido es mera coincidencia, no tiene nada que ver con el romanticismo.

La pregunta práctica puede ser la siguiente: ¿Por qué triunfó la imagen del corazón en el siglo XVII cuando fueron las revelaciones del corazón de Jesús a Santa Margarita María? Obviamente todos somos conscientes de que el corazón es un símbolo, que cualquier otro órgano del de la humanidad de Jesucristo es igualmente digno como un corazón. ¿Pero por qué se reveló bajo la imagen del corazón de Jesucristo?, ¿por qué el corazón? En primer lugar, es obvio que en todos los tiempos y las culturas el corazón sí había sido símbolo del amor, porque manifestamos en nuestro corazón ciertos efectos ante las emociones. Cuando una persona se acerca a una persona amada, los latidos de su corazón se aceleran; o cuando una persona recibe un profundo disgusto, pues siente una opresión en su corazón. Ese tipo de signos fisiológicos era fácil que en todas las culturas pues el corazón tuviese una cierta imagen de simbolizar el amor.

Hay otro detalle importante y es el que usa una segunda razón en 1616 (esto igual lo tenemos un tanto olvidado), unos 60 años antes de las revelaciones del Señor a Santa Margarita María, se había realizado un descubrimiento importante, el descubrimiento de la circulación de la sangre. La sangre circulaba por el cuerpo, por las venas, porque desde el corazón era bombeada por ese doble movimiento del sístole y diástole. Eso hasta 1616 no se sabía, se pensaba que la sangre era generada por la carne humana, y fue un gran descubrimiento que impactó y obviamente le dio al corazón una gran significatividad. El corazón está situado en el centro del cuerpo humano y es una imagen perfecta para simbolizar nuestra inserción en el cuerpo místico de Jesucristo. Por ejemplo, cuando Santa Teresita de Lisieux dice: "Yo quiero ser en la Iglesia el corazón". He visto mi vocación reflejada en esa imagen del corazón de expandir esa sangre, esa vida de gracia a todo el cuerpo místico de Cristo.

Una tercera razón por la que triunfó también la imagen, el símbolo del corazón: la respuesta al jansenismo. No olvidemos que cuando acontecieron esas revelaciones a Santa Margarita hace 350 años, en Europa se vivía bajo el influjo de la crisis jansenista, que era una herejía que había nacido en el seno, en el contexto del protestantismo, pero que había traspasado también al catolicismo y que se caracterizaba por difundir una imagen de Dios lejana y justiciera que asfixiaba las almas. Y las revelaciones del corazón de Jesús enfatizan la humanidad de Jesucristo frente a esa imagen el que uno tiene miedo ante Dios por influjo del jansenismo. Por ejemplo, pues se había llegado a que raramente un católico comulgaba porque tenía miedo de tener esa confianza de acercarse con esa proximidad o facilidad a recibir a Dios. Frente a ese influjo del jansenismo, la imagen del corazón de Jesús enfatiza la encarnación: Dios se ha hecho hombre con todas las consecuencias. La condición humana: Dios tiene corazón, es capaz de compadecerse de nosotros porque conoce la condición humana. Por tanto, la imagen del corazón de Jesús fue una bocanada de aire fresco para representar al Verbo encarnado revelado por los evangelios.

Hay una cuarta razón también por la que triunfa la imagen del corazón, porque es de gran ayuda para acoger la llamada a la conversión de Jesucristo. En efecto, cuando uno ve cómo Jesucristo predica la conversión, entiende que Jesús tiene una pedagogía, más centrífuga que centrípeta. A diferencia de los fariseos (los fariseos cuidaban las formas externas), Jesús no le da tanta importancia a las formas externas. Jesús predica el cambio del corazón para que luego las obras externas puedan cambiar, a diferencia de los fariseos, que les dice sepulcros blanqueados, que por fuera estáis limpios y por dentro estáis llenos de podredumbre. La pedagogía de Jesucristo, la pedagogía del evangelio, es más centrífuga que centrípeta. Jesús predica el cambio interior del hombre y por eso la imagen del corazón obviamente se adapta mucho, a esta pedagogía de Jesucristo, porque digamos que esa imagen del corazón alcanza una clave, una clara dimensión moral. La pureza brota del corazón. Dice Jesús: "Es que es del interior del hombre, del corazón, es de donde brotan los malos deseos", o al revés, de donde brotan los buenos deseos. Del corazón del hombre es de donde nacen, de donde nace el bien o el mal. La imagen del corazón está ligada a la apuesta, a la llamada que hace Jesús para que nuestro corazón se convierta y sea un corazón bueno. Por ejemplo, el salmo 50 dice: "Crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro". Es una llamada, una petición de que Dios nos transforme interiormente.

Podríamos decir más ejemplos de cómo la imagen del corazón es perfecta para esa predicación de Cristo. Por ejemplo, cuando Jesús nos pide que seamos sinceros:

cuando sea sí decir sí, cuando sea no decir no. Nosotros decimos en nuestro lenguaje popular "te lo digo de corazón", que es casi como de decir garantía de sinceridad. Por todo ello, la imagen del corazón triunfó.

Y ahora vamos a profundizar un poco más en este simbolismo y en su conexión con la antropología. Por el influjo con el del romanticismo (estamos hablando ahora de cuál es la conexión, de este simbolismo del corazón con la antropología), el corazón pasó de simbolizar la interioridad de la persona a simbolizar exclusivamente el enamoramiento apasionado, lo cual fue un empobrecimiento. Porque lo importante es que entendamos que el corazón no es signo del amor ciego, sino de un amor que tiene discernimiento, que incluye también la razón, que ambos aspectos, entendimiento y voluntad, están integrados.

Por cierto, que recuerdo que vi una viñeta de Quino que ponían en labios de Mafalda lo siguiente: "Lo ideal sería tener el corazón en la cabeza y el cerebro en el pecho, así pensaríamos con amor y amaríamos con sabiduría", decía, con mucha gracia, que el corazón no puede simbolizar únicamente el amor contrapuesto al discernimiento, a la razón; ambas cosas tienen que estar integradas.

Como anécdota: un cardiólogo canadiense, Andrew Armour, descubrió una red neuronal en sí, en el corazón. Resulta que existe una minúscula red neuronal que tiene 40.000 neuronas, que, aunque sea muy minúsculo, los cardiólogos le llamaron "el cerebro del corazón". Resulta que en el corazón también hay neuronas. Es una anécdota de biología pero que también subraya que el simbolismo del corazón no debe de ser el amor contrapuesto a la racionalidad. Entonces, ¿cómo empalmamos la simbología del corazón con la antropología?

Por desgracia, dice el Papa, el corazón ha tenido poco lugar en la antropología y en el pensamiento filosófico. La antropología filosófica científica ha hablado de entendimiento, voluntad, libertad, pero no ha hablado de corazón; parece que hablar de corazón no es propio de libros filosóficos o científicos. No se llegó, dice el Papa, a desarrollar la idea del corazón en la antropología filosófica, no se llegó a desarrollar la idea del centro de la persona como el corazón, como un lugar en el que nos unificamos interiormente. El Papa dice que es una pena, y sin embargo es obvio que las facultades del alma, el entendimiento y la voluntad, no pueden identificarse con ninguna parte del cuerpo. Pero, aunque obviamente cuando se produce la separación del cuerpo y alma en la muerte, en esa escatología intermedia, obviamente el entendimiento y la voluntad radican en el alma, sin embargo, no olvidemos que mientras que vivimos, y el alma y el cuerpo están plenamente unidos e integrados, la dimensión corporal, anímica, pasional, condiciona el entendimiento y la voluntad. El entendimiento y la voluntad, esas facultades del alma, no están desligadas del cuerpo, están plenamente integradas, y lo corporal, lo anímico, las condiciona. Somos una unidad sustancial de cuerpo y alma. Alguien decía que somos un espíritu encarnado y un cuerpo espiritualizado. No somos dualistas, pero sí existe una dualidad en nosotros; pero lo que es clave es que la imagen del corazón sirve como simbolismo para entender cómo todo está integrado: cuerpo y alma está integrado, el entendimiento y la voluntad al mismo tiempo están condicionadas por lo anímico, por lo pasional, todo está integrado, y el corazón significa el lugar en el que todo se integra, todo es como el núcleo del ser humano, su centro más íntimo, así le designamos al corazón, Podríamos decir que es la sede de la persona. La persona humana tiene una sede; simbólicamente la sede de la persona humana, donde se

integra alma y cuerpo, está en el corazón, imagen de la interioridad. Esa es la tesis del Papa en su encíclica, esta es la apuesta que hace el Papa. Por cierto, no es una tesis que estaba bastante en conexión con la imagen del griego clásico en la que *kardía* es sinónimo de la interioridad del hombre. En definitiva, el significado del corazón se refiere al ser humano en su totalidad, cuerpo y alma, y significa su interioridad al mismo tiempo que su integridad: todos los aspectos del hombre están integrados y no dispersados en el corazón, y es lo más profundo del hombre.

Entonces la encíclica hace la llamada a volver al corazón. Tenemos que volver al corazón porque será el paso necesario para que el hombre esté interiormente unificado y no dividido. Aquí se trae a colación dos citas muy potentes en la encíclica, se refieren dos citas, una de San Juan Pablo II y otra de Benedicto XVI. La cita de San Juan Pablo II dice: "En la sociedad actual el ser humano corre el riesgo de perder su centro, el centro de sí mismo. El hombre contemporáneo se encuentra a menudo trastornado, dividido, casi privado de un centro interior que le genere unidad y armonía en su ser y en su obrar". El mal del hombre actual es que está dividido, no está integrado, no está unificado interiormente, estamos dispersos. Benedicto XVI, en la misma línea, dice: "Toda persona necesita tener un centro de su vida, un manantial de verdad y de bondad de la cual tomar para afrontar las diversas situaciones de la vida". Como veis, las dos citas hablan de la necesidad de que el hombre tenga un centro interior, que es el que simboliza el corazón. Y añade Benedicto XVI: "Cada uno de nosotros, cuando se queda en silencio, no sólo necesita sentir los latidos de su corazón, sino también, en lo más profundo, el pulso de una presencia fiable, perceptible con los sentidos de la fe: la presencia de Cristo, corazón del mundo". Es decir, que además de que el corazón simbolice la interioridad del hombre, también va a ser el lugar en el que puede tener el contacto con Dios.

Ahora vamos a dar este paso, es un paso más, pasando al segundo capítulo: para poder tener diálogo con Dios, eso tiene que acontecer en el interior del hombre. *Cor ad cor loquitur*. Sí, pasamos al segundo capítulo y allí encontramos que quizás al Papa Francisco admira de una manera especial esta expresión que es el lema de San John Henry Newman, que es *cor ad cor loquitur*: el corazón habla al corazón, el corazón de Cristo habla al corazón del hombre. Y entonces nos da una perspectiva de por qué es tan importante el cuidado de esta imagen del corazón, porque a través de ella Jesucristo quiere, desde su interioridad, hablarnos al corazón. Por ejemplo, cuando Jesús se encuentra con la mujer samaritana, *cor ad cor loquitur*, le está hablando desde su interior al interior de esa mujer; lo mismo a Nicodemo, lo mismo a Zaqueo, *cor ad cor loquitur*. Cada vez que Jesús se encuentra con nosotros, está teniendo lugar un encuentro personal en que Jesús nos habla de corazón a corazón.

Pero bueno, también entendamos que se produce un drama cuando Jesús quiere tener esa comunicación íntima y nosotros le rechazamos. Fijaros, por ejemplo, que dice: "Vino a su casa y los suyos no le recibieron". El rechazo de fariseos, escribas..., Jesús también sufre el drama de querer abrir su intimidad al hombre y que el hombre cierre su corazón. Por eso la expresión *cor ad cor loquitur*, el corazón habla al corazón, es sinónimo de la importancia de abrirse a la gracia, abrirse al encuentro personal con Dios, acoger la intimidad amorosa que se nos ofrece, para lo cual se requiere abrir nuestra interioridad. Atención, esta imagen del corazón suele también tener otras imágenes en el evangelio que van en consonancia. Por ejemplo, una imagen introductoria a la del corazón en los evangelios es la de la mirada de Cristo; por

ejemplo, el pasaje del joven rico. Allí se dice: "Jesús le miró, le amó y le dijo". Se subraya mucho esto, la mirada de Jesús, muchos momentos. Por ejemplo, cuando Jesús le miró y le dijo: "Tus pecados son perdonados". Es como si la mirada de Jesús fuese un paso previo, fuese preparatoria de un encuentro posterior, de un encuentro de corazón a corazón. Se dice que los ojos son la ventana del corazón. Jesús le miró, le amó y le dijo. O sea que después de la mirada viene la comunicación del corazón y después viene ese momento, las palabras, te habla el corazón: "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré". Repito, esta clave que nos puede dar ese lema, *cor ad cor loquitur*, el corazón de Cristo habla al corazón del hombre, subraya mucho la importancia de la interioridad para que Dios hable al corazón. Para que Dios hable en tu casa es necesario que estés en casa. Si tú no vives en tu interioridad, si estás disperso, no puedes recibir ese mensaje. Dios quiere hablar en tu casa, pero ¿tú estás en casa?, ¿vives en tu interioridad? Así podremos entender el lenguaje de San Ignacio de Loyola y de tantos otros que han hablado de las mociones de Dios en nuestro corazón. Cuando tenemos una vida interior, vida interior profunda, Dios se puede comunicar con nosotros con esas mociones interiores que el Espíritu Santo siembra en nuestro corazón. Por eso la espiritualidad católica ha insistido mucho en el silencio interior, en la necesidad de purificarnos de muchos ruidos exteriores e interiores, para que podamos ponernos en presencia primero de nosotros mismos, lo cual nos ayudará a ponernos en presencia de Dios.

Aquí se da una paradoja: por una parte, en la presencia de Dios me conozco a mí mismo, o sea, si me pongo en presencia de Dios eso me ayuda a ponerme en presencia de mí mismo, aprendo a conocer mi interioridad; pero al mismo tiempo, si profundizo en mi interioridad eso me permite ponerme en presencia de Dios. Por eso es importante combatir por el cuidado de nuestra interioridad, por el cuidado de nuestro corazón. Fijaros en esta tríada que os propongo: en primer lugar, no podré aceptar a Dios en mi vida si no le escucho, pero no podré escucharle si no le miro, y no podré mirarle si no me recojo dentro de mí. Hace falta escuchar, pero para poder escuchar hay que fijar los ojos para abrir la interioridad, pero para eso me tengo que recoger dentro de Dios mismo. El cuidado del silencio interior.

Y permitidme un breve excursus, porque es un drama que estemos entregando la bandera de la interioridad al orientalismo, al zen, al yoga, la Nueva Era, que cualquier parecido es mera coincidencia. En realidad, detrás del zen, del yoga, se esconde el panteísmo. La interioridad se confunde con el panteísmo, no hay un encuentro personal tú a tú, *cor ad cor*. El corazón de Dios habla al corazón del hombre, no es un encuentro de tú a tú; en el en el zen, en el yoga, no existe ese diálogo entre Dios y nosotros, es por el contrario sustituido por un mero encuentro de yo conmigo mismo. Ese silencio interior del zen o del yoga es autorreferencial, es ensimismamiento, es tautológico, no tiene nada que ver con el cuidado interior del corazón para que Dios hable con nosotros. Tenemos que llevar a cabo el combate por la interioridad desde la tradición católica, sin recurrir a ese orientalismo. Y obviamente ese combate tenemos que tomarlo muy en serio, porque quien aspira a vivir en presencia de Dios obviamente le molestará tanta frivolidad, tanta dispersión, tantas distracciones. Decía Teresita de Lisieux: "Un alma sin silencio es como una ciudad sin defensor; quien guarda el silencio guarda su alma". Por eso solamente así, cuando uno se conoce a sí mismo, cuida su interioridad, puede percatarse de muchas cosas; por ejemplo, de si estamos siendo movidos por el amor propio, por la vanidad, o si mueve un amor desinteresado. Uno podrá conocerse a sí mismo si no, es que ni siquiera nos conocemos si uno no cuida su interioridad. Sólo así podremos discernir las mociones con las que Dios habla en

nuestro interior: "Creo que Dios me pide esto, creo que Dios me pide lo otro". Para poder llegar a decir esta expresión hace falta tener una vida interior, hace falta tener un cuidado de nuestra alma. Habrá que purificar los sentidos, habrá que buscar el silencio interior, de lo contrario hablar de lo que Dios me pide en el silencio de mi alma es una quimera.

Damos un paso más: el tercer capítulo subraya cómo es el corazón de Cristo. La imagen del corazón de Cristo, como hemos dicho, significa, simboliza su amor humano y divino. Y hay una afirmación en el tercer capítulo que para mí ha sido novedosa, la verdad es que me parece muy rica. El Papa habla del triple amor del corazón de Cristo. Cómo ese triple amor él distingue, por una parte, en el corazón de Jesús hay un amor sensible, porque Jesucristo se ha hecho hombre con todas las consecuencias y en Jesucristo también hay una sensibilidad humana. Jesús tenía afectos, tenía emociones como todo hombre. Por ejemplo, Jesús sentía esa predilección especial por sus amigos de Betania, por su discípulo predilecto Juan; también se sintió traicionado; Jesús tenía afectos y emociones. Jesús también nos habla con un amor sensible. Pero, en segundo lugar, el amor del corazón de Jesús tiene también una dimensión espiritual propia de toda alma humana, que es el entendimiento y la voluntad. O sea, Jesús nos ama con la voluntad humana de quien, como dice Santa Teresa de Jesús, tiene determinada determinación de amarnos, de querernos. Nos ama libre y voluntariamente, nos ama en esa dimensión ya no solo sensible sino también espiritual. Pero, en tercer lugar, dice el Papa, también el corazón de Jesús no sólo tiene un nivel de amor sensible, no sólo tiene un nivel de dimensión espiritual, de entendimiento y voluntad humanos: tiene también la dimensión del amor divino. Es el Verbo de Dios el que me está amando, es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Es impresionante ver que en el amor del corazón de Jesús se dan estas tres dimensiones: con amor sensible, con los afectos humanos, pero también con un amor libre, voluntario, y con un amor divino. Estos tres amores, obviamente, no están separados, sino que actúan y se expresan conjuntamente. Es imposible distinguir los unos de los otros.

Yo pondría la imagen que hoy en día en los coches de última tecnología, que son esos coches híbridos, que a veces suelen tener una pequeña pantalla en la que allí se ve: ahora el motor está cogiendo gasolina, ahora está tomando de la batería eléctrica. Con el corazón de Jesús no cabe decir "ahora me ama con amor humano", "ahora me ama con amor divino", cada vez que decimos "Jesús me ama", esas tres dimensiones del amor están integradas: esa dimensión sensible, esa dimensión espiritual y esa dimensión divina, sobrenatural. El amor del corazón de Jesús es inagotable. La encíclica añade que no podemos olvidar que el corazón de Jesús es revelador del Padre, que ciertamente estamos llamados a poner los ojos en Jesús, pero que el evangelio subraya también que Jesús es el camino para llegar al Padre, no lo olvidemos. Y un paso más: tampoco olvidemos que sólo el Espíritu Santo puede hacer posible en nosotros este encuentro con el corazón de Cristo, ese encuentro de corazón a corazón, *cor ad cor loquitur*. Sólo podremos conseguirlo por el don del Espíritu Santo que nos da esa intimidad y de esa manera, en Jesús, podemos llegar al Padre. O sea, que también en este tercer capítulo de la encíclica se subraya cómo la espiritualidad del corazón de Cristo nos integra en la Trinidad.

Me voy a servir del punto 90 de esta encíclica, que está en el tercer capítulo para hacer la conclusión. Dice así: "Ante el corazón de Cristo es posible volver a la síntesis encarnada del Evangelio y vivir aquello que propuse hace poco tiempo recordando a la

entrañable Teresita del Niño Jesús". Dice: "La actitud más adecuada es depositar la confianza de nuestro corazón fuera de nosotros mismos: en la infinita misericordia de un Dios que ama sin límites y que lo ha dado todo en la cruz de Jesucristo". Esta es la clave: Aprender a poner la confianza en el corazón de Jesucristo, no en nosotros mismos. Por eso la oración más popular de esta espiritualidad del corazón de Jesucristo es la famosa jaculatoria: "En vos confío", "En ti confío", *In te confido*. Es como un dardo dirigido al Corazón de Jesús en el que subrayamos: todo lo espero de él, mi esperanza es Jesucristo, en ti confío. La confianza es la prueba de que el amor de Dios no sólo es afectivo, porque uno podría a veces, pensar: "Bueno, estoy subrayando mucho el corazón de Jesús, pero eso puro emotivismo". El amor del corazón de Jesús no solo es afectivo, es también efectivo. La prueba es que en ti confío, y confío por encima de mis miedos, confío por encima de las dificultades. No sólo es afecto también son hechos. Es el amor de Dios nos ayuda, nos permite, nos da la gracia, no, para vencer al mundo en todas sus dificultades.

Por eso vamos a concluir diciendo, en esta conocida jaculatoria: Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío. Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío